



ANTROPOLOGÍA
DE ORIENTACIÓN PÚBLICA:
VISIBILIZACIÓN Y COMPROMISO
DE LA ANTROPOLOGÍA

Mercedes Jabardo, Pilar Monreal,
Pablo Palenzuela (Coordinador/as)

4

EL PAPEL DEL ANTROPÓLOGO SOCIOCULTURAL EN LOS PROCESOS DE RECUPERACIÓN DE MEMORIA HISTÓRICA: EL CASO DEL ETNOCIDIO GUATEMALTECO

GONZALO SICHA

Universidad Autónoma de Madrid

1. GUATEMALA, UN SILENCIO QUE HABLA

Se estima que la guerra librada entre el FMLN y la dictadura somocista dejó unos 50.000 muertos a los que hay que sumar los 38.000 provocados en la que guerra entre la *contra* y el gobierno sandinista en la década de los 80. En El Salvador la guerra civil entre 1980 y 1992 se saldó con 75.000 muertos. En la vecina Guatemala la guerra civil dejó más de 200.000 muertos, si bien durante un periodo más largo (1962-96). Pero no hay duda de que el conflicto guatemalteco es mucho más desconocido en Europa que el de sus vecinos ¿Por qué?. A pesar de tener casi tres veces el número de víctimas mortales y de haber durado también tres veces más.

Guatemala ha vivido en silencio durante tres décadas. Las llamadas políticas contrainsurgentes que en realidad se cebaron con una gran masa de población civil, mucha de ella sin vínculos con la guerrilla, desarticulaban todo el tejido social silenciando a una sociedad ya de por sí desestructurada donde el racismo y una tremenda inequidad económica sigue siendo el caldo de cultivo para futuros conflictos.

Esta desestructuración puede observarse perfectamente al escuchar a habitantes de la capital u otros centros urbanos cuando dicen que en Guatemala no se puede decir que hubo guerra. Si muchos alemanes se escudan en defender su pasividad frente al nazismo al declarar que no sabían hasta dónde llegaba el régimen nacionalsocialista, en el país centroamericano mucha “gente de bien” decía que no se vivía una guerra sino una lucha entre un Estado de derecho frente a un grupo terrorista. Muchos no imaginaban los millares de muertos que se dejaban en las cunetas de los caminos cuyo único pecado –así hablaba

en muchas ocasiones el Ejército o sus acólitos, de pecados y culpas—era ser indígena. Ejemplo de ello es lo que decía un pastor neopentecostal de la zona de Nebaj:

“El Ejército no asesina indios, asesina demonios; porque los indios están endemoniados, son comunistas” (Víctor Perera, 1993: 61, citado en Sichar, 2007: 98)”.

Pero este silencio que duró aproximadamente treinta años no cayó en el olvido. Antes de que las organizaciones de derechos humanos comenzaran sus trabajos de recuperación de memoria histórica, la población había empezado esa terapia. Los abuelos y los padres contaban en el refugio a sus nietos e hijos la persecución a la que fueron sometidos y por lo que tuvieron que dejar sus tierras. En buena parte gracias a estas “pláticas” no perdieron muchos detalles de cómo se efectuaron las más de mil masacres cometidas entre 1962 y 1996.

Después, eso sí, las organizaciones de derechos humanos fueron quienes sistematizaron toda esa información que durante muchos años fue silenciada. Fue a mediados de los años 90 cuando la sociedad civil guatemalteca pudo empezar a enfrentar el proceso doloroso de revisión de su historia a través de varias iniciativas de un amplio y heterogéneo movimiento pro-derechos humanos. Los máximos exponentes en esta revisión de la historia reciente del país han sido el Proyecto de Recuperación de la Memoria Histórica (REMHI) de la Oficina de Derechos Humanos del Arzobispado de Guatemala (ODHAG), cuyo informe fue presentado en abril de 1998, y el trabajo de la Comisión para el Esclarecimiento Histórico (CEH), cuya presentación pública ante el presidente de la República fue en febrero de 1999.

Algo muy importante y en lo que no se repara con la atención que requiere es el tener en cuenta que ambos informes parten de fuentes primarias diferentes. El informe *Guatemala Nunca Más*, elaborado por REMHI reporta 422 masacres. El de la CEH, *Guatemala: Memoria del Silencio*, 669. El trabajo de la ODHAG, que contaba con un presupuesto mucho menor, realizó 5.000 entrevistas, por las 8.000 de la CEH. Pero haciendo un cruce de información vemos cómo muchas de esas masacres no son coincidentes. Si además se comparan con algunas otras fuentes, como la prensa, la Fundación de Antropología

Forense de Guatemala... vemos cómo se produjeron casi el doble de las masacres reportadas por la CEH. Haciendo esta labor y completándola con trabajo de campo llegué a obtener datos de más de 1.000 masacres (Sichar, 2000).

Lo que aquí nos importa es cómo acudiendo a distintas fuentes las conclusiones son idénticas: el Ejército y sus secuaces cometieron más del 90% de las masacres. Incluso yendo a fuentes militares que tratan de aportar datos de los “muchísimos” asesinatos de la guerrilla, éstos quedan pírricos al compararlos con los de las fuerzas progubernamentales. El general Héctor Gramajo (1995) y el coronel Mario Mérida (2000) no pasan mucho más allá de hablar de alrededor de 5.000 muertos frente a los 200.000 que hubo en la guerra.

No trato de mostrar una postura condescendiente con la URNG o los grupos guerrilleros que la integraron, como desde órbitas del poder se quiere hacer creer de los defensores de derechos humanos, pero sí demostrar que la estrategia genocida sólo se dio en el bando del gobierno.

Conociendo los dos informes principales, REMHI y CEH, no cabe duda de que en Guatemala se ha producido un genocidio en sus variantes política, religiosa y étnica, amparado en un contexto de Guerra Fría donde la lucha “anticomunista” justificaba cualquier reacción por desproporcionada que pudiera ser.

Pero aparte de este incuestionable genocidio, y aquí cobra especial importancia el antropólogo, es el etnocidio que también se produjo contra las costumbres y las creencias de la población maya, mayoritaria en el país y muy especialmente en las zonas rurales más castigadas durante el conflicto armado interno. El etnocidio producido no cobra importancia en una discusión intelectual únicamente. Significó una política deliberada por parte del Gobierno de acabar no sólo con inmensas masas de población –genocidio– sino con la cultura de un pueblo afectando a más de las tres generaciones que puedan tener relación directa con el genocidio perpetrado.

2. EL PAPEL DEL ANTROPÓLOGO PARA DETECTAR EL ETNOCIDIO

2.1. Un genocidio cuestionado, un etnocidio invisibilizado

Las organizaciones de defensa de los derechos humanos lo tienen claro: en el país de la “eterna primavera” se produjo un genocidio étnico contra los mayas; político contra los “comunistas”, es decir, todas aquellas personas que no fueran de extrema derecha; y en ciertas épocas del conflicto, religioso contra los católicos y los que practicaban “la costumbre”.

Pese a esta claridad con la que las organizaciones de derechos humanos apuntan a que se cometió un genocidio en toda regla, persiste un debate, alimentado por el Ejército y algunas fuerzas de la derecha, sobre si realmente lo hubo, o si simplemente el indígena fue el agente más débil y por eso cayó de manera desproporcionada aunque no hubo ninguna intención premeditada contra la población maya en concreto. Quienes sostienen esta teoría simplifican cuando alegan que “indígenas asesinados y torturados” hubo en ambos bandos, y que la guerra sólo fue consecuencia de una “práctica caliente” de la Guerra Fría alimentada por tanto por potencias extranjeras (EEUU, URSS y hasta Cuba).

Los numerosos trabajos de campo de antropólogos en las zonas más castigadas por esta violencia política son pieza fundamental para entender que en Guatemala hubo un ataque sistemático de parte gubernamental contra todo lo que se considerase maya, identificándolo como parte del enemigo interno. Es cierto que también hubo casos de ataques por parte de la guerrilla a la cultura maya, aunque no de forma sistemática y por ello no puede entenderse como etnocidio y por lo tanto escapa al debate de esta ponencia.

El caso de Guatemala es un claro ejemplo de la responsabilidad del antropólogo en su función pública para entender un conflicto de profundas raíces culturales que desde las esferas del poder se ha tratado de invisibilizar. Sería muy difícil de explicar el etnocidio guatemalteco sin las aportaciones de la Antropología Social o Cultural. Dada la intensidad de la barbarie criminal contra personas físicas por parte del Ejército y otros grupos armados al servicio del

Gobierno, como los comisionados militares o las patrullas de autodefensa civil, algunos ataques contra la cultura maya podrían pasar desapercibidos si no se contempla una perspectiva antropológica.

2.2. Nomenclatura militar, una burla a una cultura milenaria

Por ejemplo, las unidades de élite del Ejército se llamaban kaibiles. Kaib'il B'alam era un rey k'iche' considerado un héroe por no someterse a las tropas de Pedro de Alvarado. En Cobán (Alta Verapaz) el cuartel se llamaba Tzultaká. Los Tz'ultaq'a son los dioses-cerros de los q'eqchi'. Teniendo en cuenta que el Ejército practicó un auténtico genocidio contra la población maya de las áreas rurales, estos nombres no dejan de ser una falta de respeto a la historia maya, a su religión y a sus costumbres.

Para los mayas el maíz es sagrado. Algo similar a lo que podría ser para un católico la Sagrada Forma. Pues el mismo general Ríos Montt –presidente de la República (1982-83) mediante un golpe de Estado y causante de la mayor proporción de asesinatos mensuales a razón de 1.000– reconocía que:

“La gente no sembraba porque o la guerrilla se comía el maíz, o el Ejército le rompía la milpa, no había qué comer” (*Prensa Libre*, Guatemala, 28/02/99, p. 5, citado en Sichar 2007: 149).

Esta declaración es muy significativa, pues en el supuesto de que la guerrilla robase para comer –aunque en muchas ocasiones pagaba esa comida a los campesinos, si bien éstos tenían poca libertad para decidir se la querían vender o no– no tiene parangón con aplastar la milpa de maíz. El Ejército no buscaba con eso sólo “quitar el agua al pez” sino destrozarse moralmente a la población civil maya. La política de “tierra arrasada” iniciada a finales de 1981 por los hermanos Lucas García –Fernando Romeo presidente de la República, y Benedicto jefe del Estado Mayor de la Defensa– y llevada a gran escala los dos años siguientes por Ríos Montt era no sólo un ataque al sustento nutricional de los mayas, sino a su sustento moral y espiritual.

2.3. La religión como método de control social y político

2.3.1. *¿De la tierra de guerras a la verdadera paz?*

En las Verapaces (Alta y Baja) se dio un fenómeno muy interesante para los antropólogos. Los dominicos habían llegado a las Verapaces en 1534 y pactaron con la Corona española que en el norte de Guatemala no entrasen las unidades militares. Sería una zona bajo la “custodia” de los dominicos exclusivamente sin que interviniera el ejército español. Por eso se le llamó Verapaz, la Verdadera Paz. Curioso que la capital de Alta Verapaz, Cobán, era conocida como Tezulutlán, tierra de guerra en nahuatl, por las aguerridas luchas que se produjeron entre diversos grupos indígenas antes de la llegada de los españoles. Aunque no debemos pasar por alto las numerosas revueltas indias que hubo contra la Corona española, también es cierto que la menor influencia de ésta dificultó el proceso de cristianización de la población autóctona, a pesar de la presencia dominica.

Y lo verdaderamente interesante para el antropólogo es observar el comportamiento sociopolítico de los q'eqchi' a través de su profesión religiosa. Su escasa cristianización propició que la mayor parte de la población continuase con los ritos de “la costumbre”. Como los maestros de estas ceremonias eran los ancianos, el peso que ellos mantuvieron en las comunidades rurales fue enorme.

La represión que de los 60 a los 80 iba creciendo a ritmos agigantados en cada década, provocó un éxodo sin precedentes entre la población indígena guatemalteca y que en los q'eqchi' repercutió de una manera especial, afectando incluso a su estructura social, como veremos en los dos subepígrafes siguientes.

2.3.2. *De la “costumbre” al catolicismo*

La religiosidad q'eqchi' cree en los mencionados Tzuultaq'a. El antropólogo inglés Richard Wilson (1999: 53) traduce *tzuul* como “cerro” y *taq'a* como “valle”, pero en el contexto religioso es el cuidador del cerro (Wilson 1995: 9). Aunque los q'eqchi' admiten al dios cristiano, tratan frecuentemente con estos guardianes de los cerros. Similar a como los cristianos piensan que están hechos a imagen y semejanza de su dios, los q'eqchi' antropomorfizan a las

montañas y cada una de ellas tiene un rostro, cabeza y cuerpo y una cueva de la que se afirma que es boca o útero. En cada montaña sólo reside un Tzuultaq'a, al que se le considera dueño de la montaña. Los espíritus femeninos tienden a habitar montañas grandes con suaves contornos y a las montañas femeninas se les asocia con la lluvia y con masas de agua (manantiales, ríos, lagos o mares), mientras que los Tzuultaq'a masculinos tienen contornos más agudos y cumbres más altas, asociándolos con rayos, truenos y terremotos. Las Tzuultaq'a femeninas no son menos destructivas que los masculinos, pero sus efectos devastadores llegan mediante inundaciones y desprendimientos de tierra (Wilson 1999: 55).

Los Tzuultaq'a son los dueños de la tierra y de todo lo que hay sobre ella. Son los propietarios originales del maíz. Las personas poseen el maíz sólo en calidad de préstamo a largo plazo o usufructo, por ello acabar con las milpas era mucho más grave para los indígenas que exigir su producto, como vimos anteriormente con la declaración de Ríos Montt sobre el diferente trato que soldados y guerrilleros daban al maíz. Los tradicionalistas no dan las gracias a los cazadores que traen a casa un animal cazado; las gracias hay que darlas sólo a los Tzuultaq'a (Wilson 1999: 55). Los q'eqchi' siempre al acabar de comer agradecen a todos los presentes la comida, especialmente a la cocinera. En una ocasión tuve la oportunidad de comer animal cazado en una casa de una familia q'eqchi' y no dieron las gracias. "¿Viste que no dimos las gracias hoy? Es porque el animal es cazado y si damos las gracias no nos saldrá bien la próxima caza. Así dice nuestra costumbre" (notas de campo, agosto de 2000). Probablemente, según su creencia si agradecen a quienes no han proporcionado el animal (a la cocinera), el Tzuultaq'a se puede enfadar y no darles más caza.

Después de esta breve introducción de lo que supone el Tzuultaq'a para el q'eqchi', conviene resaltar que el q'eqchi' sólo reza a su dios-cerro-valle, pero que si se traslada a un lugar lejano no puede rezarle porque lejos de la omnipresencia del dios cristiano, el Tzuultaq'a tiene un campo de actuación limitado. Y si el q'eqchi' se marcha a otro valle, su dios está lejos para rezarle, y el nuevo Tzuultaq'a cercano le resulta desconocido como para pedirle los bienes y la salud necesarios.

El éxodo provocado especialmente por la tierra arrasada (1981-83) provocó un distanciamiento de los q'eqchi' de sus Tzuultaq'a y a la larga de su religiosidad tradicional. Además en aquella época muchos jóvenes eran influenciados por las pastorales sociales de la Iglesia católica y muchos entraron como catequistas. Hay que tener en cuenta que la Iglesia había dado un giro a mediados de los años 60 a favor de los pobres y que en no pocos casos ese giro derivó en postulados de la teología de la liberación con un acercamiento, al menos en lo teórico, a los grupos revolucionarios. Como en los nuevos valles sí podían rezar al dios cristiano, el catolicismo empezó a asentarse en esta población indígena que anteriormente se había mantenido tan hermética.

Y aquí es donde lo que podía ser un simple cambio religioso o hasta político –por la cercanía de la teología de la liberación a las ideas guerrilleras– fue más allá, hasta convertirse en un cambio cultural. Las referencias religiosas en las comunidades siempre han sido importantes para los q'eqchi', pero es que además ahora la influencia podía ser mayor.

Los q'eqchi' antes de la represión masiva vivían muy dispersos, siguiendo su tradición. Los operativos militares indiscriminados les obligaron a vivir más cerca unos vecinos de otros y por lo tanto a tener más contacto. Este aumento de la relación vecinal conllevó el que los catequistas adquirieran en menor tiempo mayor relevancia. Pero es que además la mayoría de los catequistas eran jóvenes, con lo que la juventud subió en la consideración social, mientras que los ancianos comenzaron a verse relegados.

2.3.3. Una guerrilla católica, una contrainsurgencia evangélica

Lo que suelen esgrimir los militares para justificar en parte una represión no reconocida, pero sí unos “excesos” admitidos, es que la población indígena estaba con la guerrilla. Ejemplo de ello es lo que dijo Francisco Bianchi, Secretario Privado de la Presidencia durante el gobierno de Ríos Montt:

“La guerrilla ganó a muchos colaboradores entre los indios. Por tanto, los indios son subversivos, ¿Sí? ¿Y

cómo se lucha contra la subversión? Claramente hay que matar a los indios, porque están colaborando con la subversión. Y luego dirán «están masacrando al pueblo inocente». Pero no eran inocentes: se habían vendido a la subversión” (REMHI 1998:II, 5).

El mismo Ríos Montt indicó, durante 1982, en varias declaraciones similares pensamientos. El Gobierno de EEUU recogió el 2 de junio:

“Naturalmente, si una operación subversiva existe donde los indígenas están involucrados con la guerrilla, los indígenas morirán. Sin embargo no es la filosofía del Ejército matar indígenas, sino reconquistarlos y ayudarlos” (*Foreign Broadcast Information Service, Central America*).

Al *New York Times*, el 20 de julio declaraba:

“Mire, el problema de la guerra no es sólo cuestión de quién está disparando. Por cada uno que dispara, hay 10 trabajando por detrás”.

Y ante la revista londinense *Latin America Weekly*, el 5 de noviembre, justificaba la política de tierra arrasada:

“Nosotros estamos matando gente, descuartizando mujeres y niños. El problema es que allí cada uno es guerrillero. Ellos usan el sistema vietnamita. Si la situación se prolonga, tendremos que lanzar napalm sobre esas aldeas”.

Pero de lo que pude deducir por el trabajo de campo podría pensarse que el proceso fue inverso. El Ejército atacó indiscriminadamente a la población indígena en un diseño de una estrategia aterrorizadora y racista. La población huyó como pudo y desde el refugio acudió a la guerrilla bien como método de protección o bien para vengar a sus muertos.

Pero también influyó mucho a esta población el hecho de que el lenguaje de la guerrilla no difería en mucho del de los catequistas. Fin parecido con medios violentos pero por los cuales se llegaría antes a

alcanzar “el Reino de Dios”. El sometimiento de los judíos a Roma lo asimilaban como el de los indígenas a los ladinos.

El Ejército viendo que la conversión religiosa de la “costumbre” al catolicismo hizo a la población maya más proclive a la guerrilla ideó una nueva conversión, en lugar de liberacionista fundamentalista. Empezando por sus líderes. Aparte de la conversión de Ríos Montt, también fue sonada la del presidente Jorge Serrano Elías (1990-93). Primero fue católico, después miembro de la iglesia pentecostal Elim (creada en 1962), y en 1982 se pasó a predicador laico de la Iglesia Sadhai.

Cuando el 23 de marzo de 1982 la Junta Militar dio un golpe contra el general Lucas García, casi la totalidad de los dirigentes protestantes consideraron que se trataba de una decisión providencial, porque entonces preparaban la conmemoración del centenario de los inicios del protestantismo en Guatemala, en noviembre de ese mismo año. Se ensalzó a Ríos Montt como el “primer presidente evangélico” y el “ungido de Dios”, con lo cual su gobierno contó con una amplia plataforma civil. Inmediatamente hizo que ascendiera una serie de dirigentes protestantes en el escalafón del poder, en especial Francisco Bianchi (que se convirtió en secretario particular de la Presidencia), Álvaro Contreras (encargado de las relaciones públicas) y sobretodo, Jorge Serrano Elías, quien ocupó la presidencia del Consejo de Estado. En septiembre de 1982, una circular firmada por uno de los pastores de la Iglesia del Verbo, hacía un llamamiento a las iglesias protestantes norteamericanas para que sostuviesen con sus aportaciones al régimen del momento, afirmaba que Nicaragua era “un modelo marxista de opresión y de odio” y llamaba a la política de Ríos Montt “alternativa de Dios para el combate en pro de la libertad” (Circular de Carlos Rarnírez, International Lovelift, Eureka, California, 1de septiembre de 1982). Retomando los temas premilenaristas de las misiones de fe, impregnadas de anticomunismo militante, Ríos Montt puso en práctica un tipo de comunicación dominical televisada, buscando atraer la audiencia de una cuarta parte de la población, simpatizante de las sociedades religiosas protestantes y de la derecha religiosa estadounidense (Bastian 1994: 267).

El primer resultado de esta política de instrumentalización del protestantismo fue la “pacificación del Triángulo Ixil”, en el departamento de El Quiché, dominado por las guerrillas, para lo cual se contó con el apoyo caritativo protestante, y con el nombramiento de alcaldes y de comisarios militares protestantes en las “comunidades estratégicas” (Pixley 1983: 9).

El 8 de agosto de 1983, los militares pusieron fin a ese ensayo de lucha antiguerrillera nombrando a otro general en reemplazo de Ríos Montt. Entre tanto, los protestantes habían ganado mayor visibilidad, y durante el gobierno de Ríos Montt gozaron de una especie de revancha contra la Iglesia católica. Algunos años después, uno de ellos, Jorge Serrano Elías, no dudó en presentarse por primera vez como candidato a las elecciones presidenciales de 1985, consciente de la capacidad de cooptación política adquirida en la experiencia “evangélica” del poder, durante el intermedio “protestante” de los años anteriores. En esa ocasión no venció, pero el triunfo le llegaría en 1990.

Hasta la llegada de Ríos Montt, los gobiernos guatemaltecos siempre se habían visto obligados a tener en cuenta la actitud de la Iglesia católica, con la cual siempre tuvieron que llegar a un entendimiento. Aunque la persecución de la Iglesia es anterior a la llegada de Ríos Montt al poder –se considera el 30 de junio de 1978 con el asesinato, a las pocas horas de la toma de posesión del presidente Lucas García, del padre Hermógenes en San José Pinula, cerca de la capital, el inicio de esta represión anticatólica (Sichar 2007: 186-187)– no se puede pasar por alto la influencia que tuvo la jerarquía católica en el derrocamiento de la democracia en 1954. También es importante resaltar que con el giro iniciado a mediados de los 60 a favor de los pobres, se la siguió respetando, al menos en mucho mayor grado que a otros agentes sociales, hasta finales de los 70. Pero incluso desde finales de los 70 hasta 1982, el Ejército sabía, por ejemplo, que en la catedral de Cobán el obispo escondía “gente de la montaña” –seguramente civiles, pero para la óptica militar igualmente indígenas guerrilleros– y los militares solían hacer la “vista gorda” y no entrar.

En los 80 en cambio hubo zonas, como El Quiché, donde la Iglesia tuvo que retirarse. El entonces obispo de esa zona, Juan Gerardi,

decidió que la Iglesia abandonara el departamento al no poder asegurar la vida de sus fieles. Lo hizo porque no le quedaba más remedio, pues la valentía de este obispo está fuera de toda duda al ser el principal artífice del Proyecto REMHI y que fue asesinado un día después de entregar dicho informe.

Por primera vez, debido a la creciente fragmentación del campo religioso, y con base en la capacidad de movilización corporativa de los dirigentes religiosos no católicos, el Estado disponía de una capacidad de maniobra sin precedentes (Bastian 1994: 267).

Se llegó a identificar a los católicos con la guerrilla, a pesar de que fuerzas conservadoras en la Iglesia católica guatemalteca siempre las hubo, como los salesianos. Del mismo modo se identificaba a los evangélicos con la contrainsurgencia pese a las iglesias de corte progresista.

En el caso de los evangélicos llegaron a estar agrupados diferentes, la Alianza Evangélica de Guatemala con los sectores más reaccionarios, y la Conferencia de Iglesias Evangélicas de Guatemala (CIEDEG) los más progresistas y en ocasiones trabajando conjuntamente con católicos. Los católicos podían ser más o menos leales a Roma pero han permanecido en la misma Iglesia.

Experiencias contradictorias en la interpretación de la Biblia ha habido numerosas. Los esclavistas de Estados Unidos leían a los negros pasajes de la Biblia para que éstos fueran dóciles. Así uno de los capítulos preferidos era el de Job, personaje bíblico al que Yaveh le pone muchas pruebas para probar su fidelidad (de ahí la conocida paciencia del santo Job). Pero los esclavos preferían fijarse en la liberación del pueblo judío conducidos por Moisés.

El Ejército, en la campaña de *reeducación* de 1983, no sólo diseñó el nuevo proceso de conversión religiosa al que aludía, sino que utilizó también el concepto de culpa de la cosmovisión maya. El *error* de haber apoyado a la guerrilla podría ser redimido formando parte gratuitamente de las patrullas de autodefensa civil (verdaderos grupos paramilitares y que en los primeros años de democracia hasta que fueron disueltas en 1996 pasaron a llamarse Comités Voluntarios de Defensa Civil, pero el cambio fue tan imperceptible que la gente las

siguió llamando PAC). Esto no quiere decir que todos los que pertenecieron a las PAC lo hicieron por un presunto arrepentimiento. Es más la mayoría lo hizo por miedo, pero la estrategia del Ejército dejó tal poso en la población que en todas las elecciones democráticas celebradas en el país desde 1986 las zonas con fuerte presencia de las PAC, y por tanto más castigadas por la presión contrainsurgente, han votado mayoritariamente a partidos de extrema derecha defensores de las PAC. Un psicólogo de la ODHAG me explicaba que se debía en gran medida a que no quieren perder siempre, y para ellos la guerrilla perdió y el fuerte es el gobierno, las PAC. Votar al partido de Ríos Montt o similares es apostar por caballo ganador. No quieren volver a ser señalados como subversivos. Se les quedó muy grabado en su memoria aquello de:

“La ley sólo una vez perdona, la segunda ya no, si se les encuentra otra vez (con la guerrilla), serán matados, porque así es la ley” (testimonios de ex-guerrilleros que se acogieron a la amnistía ingresando en las PAC, recogidos en REMHI, 2000: 29).

2.4. La interpretación antropológica

El papel del antropólogo en la cuestión religiosa y cultural es determinante para entender este etnocidio. Poco importa las creencias religiosas particulares del antropólogo que se enfrenta a la observación de estos hechos.

No se trata de analizar la mayor o menor fidelidad de la interpretación bíblica de los diferentes grupos cristianos. Lo que importa al antropólogo en esta cuestión es que una estrategia militar ha incidido en algo tan importante para la cultura como son las creencias. Muchos católicos que se pasaron al evangelismo para no ser señalados continuaron después ya en esa religión. Si bien no debemos olvidar que en la época de represión masiva incluso campesinos evangélicos confiados por su pertenencia a determinado grupo pentecostal o neopentecostal no huyeron y también fueron masacrados por un ejército cuyo genocidio étnico se significó más que el religioso.

Cabe señalar además que el voto evangélico es más disciplinado que el católico. Y por eso los políticos tratan de apropiarse de ese voto

más fiel. En las últimas elecciones presidenciales (2007) el candidato derechista Otto Pérez Molina tuvo varias reuniones con pastores para tratar de acaparar ese voto. En esta ocasión tanto la Alianza Evangélica de Guatemala como la Asociación de Ministros Evangélicos no pidieron el voto para nadie, pero precisamente porque saben del poder que habrían tenido de inclinarse por alguno de los contendientes.

El antropólogo debe resaltar no sólo ese cambio religioso, sino lo que ha supuesto a efectos de relaciones de poder en las comunidades, con el peso de los ancianos y el detrimento de toda la cultura ancestral.

3. ENFOQUE DE GÉNERO EN UNA GUERRA CON MÁS MUERTOS QUE MUERTAS

El papel del antropólogo en el enfoque de género en un país con unos signos machistas mucho mayor que los que aún perduran en España es de suma importancia. Ya en el informe de la CEH se pudo apreciar sorprendentemente un marcado enfoque de género, sin duda por el papel destacado de la comisionada Otilia Lux de Cotí.

En la guerra civil guatemalteca hubo más hombres asesinados y detenidos-desaparecidos que mujeres. Pero estos datos cuantitativos no deben tapar interpretaciones cualitativas. En ese conflicto armado interno se produjo un ensañamiento especial contra la mujer. Como señala Esperanza, miembro de la Dirección Nacional del Ejército Guerrillero de los Pobres, a Silvia Solórzano (1989: 115):

“Si en alguien el Ejército se cegó en su represión, fue en la mujer. (...) Las mujeres y los niños asesinados se vuelven el símbolo de la destrucción. (...) Es la mujer indígena quien siempre ha servido como la reproductora de la fuerza de trabajo barata, peor remunerada, más despreciable y discriminada, aunque sea indispensable. Pero, además, en el pensamiento prepotente, machista y de dominador del enemigo, la mujer indígena ha sido tradicionalmente colocada como objeto de su satisfacción sexual y como objeto de sus violaciones (...). Al hombre, cuando el Ejército arrasaba las aldeas, lo asesinaban, lo partían en pedazos; pero a la mujer, en la que veían la

fuelle de futuros revolucionarios, el asesinato de la simiente, de la reproductora, la saña y el terror se concentraron. De allí que en todas las aldeas se encontraran mujeres violadas, ultrajadas con el vientre abierto y las entrañas fuera, y a los bebitos sin nacer, a los fetos, fuera del vientre. La saña del macho y el odio enemigo de clase, multiplicados, fueron dirigidos contra la mujer, para cortar la fuente de vida con la mayor brutalidad” (citado en Sichar 2007: 53).

La violación formó parte de la maquinaria de la guerra, siendo frecuentes las agresiones sexuales a las mujeres delante de sus familias. La expresión pública y abierta del acto sexual violento ejercido contra las mujeres y realizado por varios hombres, alentaba el espíritu de complicidad machista, estimulando la exaltación del poder y la autoridad como valores adscritos a su “masculinidad”. No tener en cuenta estos ensañamientos es perderse en la frialdad de las estadísticas.

4. SI LA MUJER ES LA SEMILLA, LOS ANCIANOS SON LAS RAÍCES

Otro ataque cultural fue el realizado contra los ancianos. Si los niños no son combatientes, dentro de la mentalidad militar podrían ser considerados futuros combatientes y además con ánimo de revancha. En esta coyuntura hasta pudiera entenderse lo execrable de los asesinatos de niños y hasta de bebés. ¿Pero por qué asesinar ancianos si ni son combatientes ni lo serán en un futuro? Eso obedece principalmente a otro componente cultural. Si la mujer es la portadora de la semilla, del futuro, el anciano es portador del pasado, de la tradición. Y por ello también fue objeto de la violencia militar.

5. LA ORIENTACIÓN PÚBLICA DEL ANTROPÓLOGO EN MEDIO DE LA GUERRA

Hasta ahora hemos visto el papel de un antropólogo comprometido con las causas de los débiles. Hay cierta tendencia a creer que esto es lo frecuente. Pero también hay teorías, como la de “Entre dos fuegos”, que son ideadas por antropólogos. No es el momento de extenderse en

la explicación de esta teoría –en Sichar (2007: 146-150, 361, 411, 449 y 464) me extendo más– pero sí remarcar su carácter racista al interpretar que el indio desideologizado no le quedaba otra que elegir entre dos fuegos; y que además la mayoría de forma absurda se decidió por el bando más débil, la guerrilla. Esta teoría la mantiene el antropólogo estadounidense David Stoll.

Tampoco podemos olvidar que muchas de estas estrategias aquí expuestas fueron aprendidas en buena parte en la Escuela de las Américas y que contaban con la experiencia previa de Vietnam donde colaboraron antropólogos al servicio de la contrainsurgencia. Por ello la Orientación Pública del antropólogo puede estar enfocada hacia intereses diversos y no siempre a favor de las poblaciones amenazadas. En los propios manuales del Ejército guatemalteco dan unas pautas de comportamiento para los soldados –que desgraciadamente no cumplieron– con un exquisito interés por cuestiones culturales, como el trato a los ancianos o el acercamiento respetuoso a los niños como fuentes de información, que es un verdadero trabajo antropológico.

En Guatemala, en su difícil tarea de reconstrucción histórica, el papel de los antropólogos y de los psicólogos sociales ha sido fundamental para entender un conflicto con consecuencias muy crueles y que traspasa la barrera de lo individual e incluso lo meramente colectivo, alcanzado una perspectiva cultural que hace mucho más duro lo que se perdió en la guerra.

BIBLIOGRAFÍA

BASTIAN, Jean-Pierre (1994) *Protestantismos y modernidad latinoamericana. Historia de unas minorías activas en América Latina*. México, Fondo de Cultura Económica.

CARMACK, Robert. (ed.) (1991) *Guatemala: Cosecha de violencias*. San José de Costa Rica, FLACSO.

CEH (1999) *Guatemala Memoria del Silencio*. Guatemala, UNOPS.

EJÉRCITO DE GUATEMALA (1984) *Las patrullas de autodefensa civil: la respuesta popular al proceso de integración socio-*

económico-político en la Guatemala actual. Guatemala, Departamento de Información y Divulgación del Ejército.

- (1985) *Polos de Desarrollo y Servicios: Historiografía Institucional.* Guatemala, Editorial del Ejército.

GARCÍA NOVAL, José (1999) "Entre Dos Fuegos. Desde el mundo de los gatos pardos", en *De la Memoria a la Reconstrucción Histórica.* Guatemala, AVANCSO.

GRAMAJO, Héctor Alejandro (1995) *De la guerra... a la guerra: la difícil transición política en Guatemala.* Guatemala, Fondo de Cultura Editorial.

MÉRIDA, Mario (2000) *Testigo de conciencia.* Guatemala, Mario Mérida.

PERERA, Víctor (1993) *Unfinished Conquest: The Guatemalan Tragedy.* Los Ángeles, The University of California Press.

PIXLEY, George (1983) "Algunas lecciones de la experiencia de Ríos Montt", *Cristianismo y Sociedad* n° 76. México.

REMHI (1998) *Guatemala Nunca Más.* Guatemala, ODHAG.

- (2000) *Habla nuestro corazón. Las comunidades cuentan su historia.* Huehuetenango, Pastoral Social.

SICHAR, Gonzalo (1998) *Guatemala: ¿contrainsurgencia o contra el pueblo?. Crónica de una guerra no declarada y de una paz firmada.* Madrid, H+H.

- (2000) *Masacres en Guatemala. Los gritos de un pueblo entero.* Guatemala, GAM.

- (2003) *Historia de los Partidos Políticos Guatemaltecos. Distintas siglas de (casi) una misma ideología.* Chimaltenango, Nojib'sa.

- (2004) *Acompañando a Guatemala.* Madrid, Sepha.

- (2005) *Viaje después de una masacre.* Madrid, Sepha.

- (2007) *Comunidades arrasadas.* Madrid, Sepha.

SOLÓRZANO, Silvia (1989) *Mujer alzada.* Barcelona, Sendai.

STOLL, David (1993) *Between Two Armies in the Ixil Towns of Guatemala*. New York, Columbia University Press.

WILSON, Richard (1999) *Resurgimiento maya. Experiencias q'eqchi'ies*. Antigua Guatemala, CIRMA.